

No saben que los escucho

Elvis Conti



Elvis Conti

**Ellos no
Saben
que los
Escucho**

Capítulo 1

Ellos no saben que los escucho. Lo he hecho como si no estuviera presente, tal y si estuviera en un cuarto contigo.

Han estado hablando por largo tiempo, y ya sé con exactitud lo que va a pasar conmigo...

... ya no despertaré del coma.

Claro llegaron a mí los gritos de mis hijos y de Evangelina cuando lo supieron de voz de los doctores. Eso, acompañado de sus reiteradas rogatorias para buscar otra opción, otra alternativa.

Fue conmovedora la insistencia de los míos para encontrar un último recurso, pero recibió la misma respuesta lacónica y sombría: el diagnóstico era definitivo, yo ya no reviviría. Quizá, al último, lo único distinto fue la explicación, con un lenguaje médico más simple y accesible. Los doctores parecían haberse sensibilizado un poco después de ver la desazón de mi familia.

Después de un tiempo prolongado, sin saber cuánto, con una voz suave pero determinada, Evangelina expresó su conformidad para que me desconectaran del equipo de soporte vital. Mis hijos, con su silencio, avalaron esa decisión.

Pasados unos minutos, me pareció que se abrazaban para llorar juntos.

Se me ha encogido el corazón... Mi familia. ¡Mi amada familia!

Solo un consuelo me queda... que me correspondía irme primero, como debe ser. Yo no hubiera soportado vivir sin Evangelina, y menos sin uno de mis hijos. Me voy, y me voy a una buena edad, 79 años, 12 más de los que duró mi Padre.

Hasta hace poco, he tenido yo una salud de hierro. Nunca fumé, tomé muy moderadamente y nunca pasé de los 78 kilos. Hacía ejercicio cada vez que podía, pero seguro una vez a la semana. Mi alimentación igual, cuidaba mucho grasas y azúcares. En fin, nadie pudo preverlo, además, los derrames cerebrales no tienen honor, pegan y punto.

Cuando era joven llegué a imaginarme muchas veces este momento. Y siempre pensé que los últimos instantes los dedicaría a hacer un comparativo entre lo que eran mis aspiraciones juveniles contra lo que

hice con mi vida.

Pues bien, el balance no es muy destacado, aunque tampoco puedo decir que eso me afecte mucho. Soñaba con ser rico, exitoso y haber recorrido el mundo. Y no logré ninguna.

No terminé rico, pero en mi defensa puedo decir que mi familia tuvo todo lo que necesitó. ¿Exitoso? No, la verdad no conocí el éxito en los términos en los que normalmente se le valora. Mi éxito fue tener una familia, y después, mantenerla unida dentro de un rango aceptable de felicidad y tranquilidad. Y en cuanto a los periplos, nunca salí del país, salvo aquella vez que pisé suelo guatemalteco cuando visitaba la selva Lacandona.

Pero tengo el consuelo, por otro lado, que viajé por todo el orbe a través de los libros. Sí señor, debo decir a mi favor, que fue mío el privilegio de leer cuanto libro se me antojó. No pasó un solo día de mi vida sin haber leído al menos una página.

Yo, justo ahora, le diría a mi "yo" del ayer, que sus deseos fueron muy tomados en cuenta, que el esfuerzo se hizo y que los resultados están ahí. También, añadiría que francamente la vida es mucho más complicada que la perspectiva que se tiene desde las edades mozas. Le explicaría que, aparte de los deseos muy legítimos de la juventud, hay otros logros y metas alcanzadas que nunca fueron consideradas en un principio, y que al volver la vista atrás, se aprecian los escenarios tristes y aquellos giros y reveses imposibles de anticipar, con los que el destino me sacudió. Sobre esos, tengo que decir, los retos fueron resueltos casi satisfactoriamente.

Es increíble la paz que siento. Y si no fuera por el sufrimiento de los míos, casi podría decir que me voy feliz. Es en este instante, que me lamento por no haber sido un poco más espiritual.

Todavía recuerdo a mi Madre diciéndome:

- ¡Tu perteneces a la luz del Señor, que no se te olvide Paul!

Y yo me imaginaba que efectivamente pertenecía a un bando ¡Al bando de los buenos!... Sin embargo, mi mente siempre encontró pretextos para evadirme de los buenos deseos de mi madre. Asumía simplemente que el rezar y la devoción eran propios de las mujeres, que yo cumplía simplemente con mantenerme caminando sobre la línea.

¡Ah, mis padres! Todo indica que los veré muy pronto.

Lo primero que haré al verles, será exclamationarles que tenían razón, que todos sus buenos y sabios consejos, tantas veces ignorados... todos eran tan certeros, tan justos; y que la vida a golpes me los tuvo que recordar. ¡Ah, viejitos queridos, que alegría abrazarlos! Caray... me estoy poniendo

sentimental y todavía ¡No veo ningún túnel!

Claro, estoy suponiendo que iré al paraíso, al cielo, o cualquiera que sea ese lugar en el que estaré ante la presencia de Dios. No puedo decir que tenga razones para temer otra cosa, pero sí debo admitir que cometí muchos errores. Y también por ellos seré juzgado, claro.

Creo que, sin duda, mi peor pecado fue a engañar a Evangelina durante casi 10 años. Y aunque me queda el consuelo de que nunca se enteró ni sufrió por ello, también me resta la carga enorme de expiarlo. ¿Cuántas veces fue mi remordimiento lo que me empujó a compensar a Evangelina en miles de maneras? Tantas que su hermoso corazón no pudo interpretarlo de otra forma, salvo aquella de haber sido bendecida con un marido excepcional, devoto y amoroso. Tanto así, que más de una vez fui puesto como ejemplo para algunos esposos de sus amigas ¡Que si Paul esto! ¡Que si Paul aquello! Si hubieran sabido que era mi culpa la que me exigía ser el mejor marido posible.

Empero, sé que eso no fue suficiente para borrar mi culpa, una culpa que lamentablemente fue doble...

Sí, para mi mayor pena, la mujer con la que engañé a Evangelina, no fue una mala mujer. Alguien con quien estuve mientras duraron mis ansias de hombre de mediana edad, y que, al final, sin la menor sensibilidad ni consideración, le avisé que debía terminar para regresar con mi querencia principal.

Irene. Se llamaba Irene... y era lo suyo un amor incondicional y sin mayor culpa que la de enamorarse de un hombre casado, el primero que la logró sustraer por un instante de una soledad dilatada por la ausencia de cariño y de un compañero a su lado. Jamás exigió nada de mí, ni material, ni tiempo, ni siquiera alguna expresión de cariño más allá de lo que estuve dispuesto a darle.

Todavía recuerdo, unos 20 años después de haberla visto por última vez, que me la encontré de frente en una calle populosa del centro de la ciudad. Ya era una mujer mayor. Pasó a mi lado, sola, con un rictus de severidad en su cara. No me reconoció, y tampoco hubiera deseado que lo hiciera. No tendría cara para haberla visto a los ojos, ni palabras que decir.

Ahora que recuerdo ese juego cruel que jugué, y en el que fui el único y aparente ganador, no puedo evitar llorarlo en el fondo de mi ser. ¡Si tan solo hubiera pensado un poco en el daño que podría causar!... Y sí, creo en el perdón, estoy convencido que a pesar de todo, lo que no contribuyó a mi felicidad o a la de los demás, puede gozar todavía de indulgencia,

aunque también creo que no será posible olvidarlo.

A pesar de esta carga tan pesada, puedo decir que la vida me obsequió tres oportunidades para congraciarme con ella.

Cada uno de mis hijos.

Con ellos, acerté un poco más de lo que me equivoqué, pero siempre, con cada uno de ellos, no me movió otra cosa que su felicidad y depositar en ellos la cosa más sagrada que es el amor por un hijo.

Elena, mi hija mayor. Que lejano está el día que supe que fumaba marihuana y que tenía relaciones con su novio. Y ese ejercicio tan poderoso de comprensión y de diálogo que tuve que poner en práctica con ella. Fue justamente en la época que había empezado con Irene. Así que cuando estaba más que decidido a asumirme como el padre severo que siempre pensé que era, inflexible y contundente en el castigo, mi culpa me obligó a tener compasión con aquella niña de 17 años que había despertado a la vida, con una temeridad que me recordó la propia a esa misma edad. Ese golpe de timón en mi rol de padre, me sirvió para que en los años subsecuentes Elena se convirtiera en una de mis mejores amigas, consejera y apoyo moral permanente. Además, me dio el orgullo de su doctorado en filosofía y mis tres nietos hermosos. Y, por si fuera poco, alcancé a leer sus tres libros publicados sobre historia de la filosofía.

Maximiliano. Max es otra historia. La independencia, democracia y libertad hechos persona. Max nunca me dio un solo problema. Todo lo contrario. El maduró en su momento y todo en su vida tuvo un propósito bien definido. Él, por su cuenta, consiguió su beca para estudiar ingeniería en la mejor escuela del país. Creó su propia empresa de construcción. Hizo una montaña de dinero, hasta el momento que decidió deshacerse de ella para dedicarse a la pintura, y junto con su esposa e hijos, mis otros 2 nietecitos, se fueron a vivir a una granja en Chiapas. Él nos visitaba cada tres meses, sin falta.

Al tener cerca a una persona así, no hay más que amarlo y admirarle con todo el corazón. Cuando un ser posee una luz tan inmensa, no es imaginable que un día sufrirá un intento de secuestro, y que, en ese hecho, habrá de quedar parapléjico. Pero tampoco era concebible que, a la semana, ya estaría trabajando como cualquier otro día, y desarrollando habilidades para vencer sus recientes impedimentos físicos. Max es todo eso. Max es la persona que a mí me hubiera gustado ser.

Y falta Pancho, mi inocente hijo menor. El que después de estos gigantes que tuvo como hermanos, se sintió con la cruz de ser el hermano fracasado. Mi hijo Pancho, fuera de ser bien parecido y hacernos reír siempre, no gozó de una inteligencia preclara, tampoco de talentos

notables o virtudes que adornaran su persona. Fue un estudiante más bien mediocre, sin importar los apoyos y empujones que recibió de todos nosotros. Terminó "a gritos y a sombrerazos" su carrera de contador público en una universidad más bien gris, lo que le permitió conseguir un trabajo modesto en una fábrica de velas.

No fueron escasas las ocasiones que se confrontó conmigo reclamando su situación, comparada con la de sus hermanos, siempre se sintió castigado por la vida por ser un "perdedor", como él mismo se llamaba. Evangelina y yo, cariñosamente, tuvimos que desarrollar con mucha paciencia las herramientas emocionales para hacerle entender que no nos importaba un carajo si ató o desató, si baila tango o si plancha ropa, si rompe un récord o si rompe un jarrón, que lo amábamos y que estábamos seguros que tarde o temprano encontraría su camino.

Y esto fue hasta que él llegó a los 40, unos años después de encontrarse con Genoveva, su ángel salvador.

Nunca nos pudo haber pasado por la cabeza que aquella pasión casi enfermiza de Pancho por el fútbol, le iba a abrir un camino hacia la sanación de sus amarguras y a darle otro sentido a su vida. Un buen día, por una serie de hechos tan circunstanciales como las ocasiones que omitimos darle a Dios el debido crédito, le ofrecieron dirigir un equipo infantil de fútbol. ¡Pues vaya sorpresa! Fue un éxito. Resultó ser que mi Panchito, después de tanto que le aconsejamos, desarrolló habilidades para manejar chicos y meterlos al deporte y al fútbol, y ser por encima de todo un líder y ejemplo de sus pequeños jugadores. Pasaron unos años y creó una escuela propia. Entre todos lo financiamos y a los dos años nos terminó de pagar. Ahora ya tiene 3 escuelas y un prestigio bien merecido en el medio.

¿Y quién lo iba a decir? Pancho antes de sus cincuentas se ha convertido en un tipo sabio. Y tengo que decir algo de Pancho que no me atreví a decirle ni a Evangelina misma: Pancho es mi orgullo más grande. Me gusta pensarlo de esta manera. Fue en un principio una tierra yerma, que entre Evangelina y yo aramos y sembramos cuidadosamente, una y otra vez, año tras año. Sus frutos siempre fueron pobres y secos. Pero eso no nos importó, ahí seguimos regando ese terrenito, hasta que un buen día notamos que a la vera del surco tan trabajado, había brotado una plantita verde y con fruto. Y ahí nos quedamos, observando el proceso que siguió, hasta convertirse aquella tierra infecunda en un gran vergel.

¡Ay hijos míos! ¡Que alegría tan grande han sido!

Puedo decir, en un acto de egoísmo rotundo y confeso, que mis faltas y errores, los puedo haber compensado un poco a través de mis hijos. Que tengo al menos el desahogo de saber ahora, con absoluta certeza, cuanto pecado cometí, injusticia provoqué, golpe asesté y herida infligí, y que

estoy listo para purgar mis culpas.

Hace un momento, se ha acercado Evangelina para "platicar conmigo", pues según le aconsejó alguno de los doctores, es bueno para nosotros los comatosos ¡Y vaya que lo es! Me ha regocijado como me ha dicho al oído lo mucho que me quiere, que haga lo posible para despertar para irnos a la casa a prepararme el adobo de conejo que tanto me gusta. Tiempo seguido, pude notar que el entusiasmo en su palabra decayó. Me dijo que tenía una confesión que hacerme, que no podía dejar que me fuera sin decírmelo, así fuera en estas condiciones.

Yo, sin ningún rencor, pensé que me revelaría alguna infidelidad, que me descubriría algún pasado amor que, al igual que yo, escondió vergonzosamente. Incluso me adelanté un poco en mi pensamiento, intentando figurarme, entre las personas que recordaba, quién podría haber sido ese amante fugaz.

Pero fue algo muy distinto.

Su confesión ha logrado despertar en mí tal ternura, que hasta una lágrima brotó y corrió discreta hasta mi oído. Según ella misma se lo hizo saber a la enfermera.

Evangelina, susurrándome, llorosa y contrita, recordó que ella siempre había narrado como se enamoró de mí en aquella tardeada cuando nos conocimos en 1960, cosa que yo adoraba escuchar cada que nuestros amigos nos preguntaban por esa historia. Pues bien, me sorprendió diciéndome que nunca tuvo el corazón para decirme la verdad, que en realidad su primer amor había sido mi amigo Raúl, quien efectivamente me acompañaba ese día en Morelia. Y que sería, con el simple transcurso del tiempo, lo que definiría para siempre su amor por mí.

¡Ay Evangelina! ¡Además de mi amor, que gratitud te tengo! Tú fuiste el verdadero motor y corazón de esta familia, la piedra sólida sobre la que se fundó, el sostén moral y el gran ejemplo. Tú me hiciste un hombre, tú me enderezaste cuando hizo falta, tú me ayudaste a madurar y a superar mis barreras. ¡Y hoy me vienes a confesar tu gravísima falta! Tu más que nadie, resultas ser la persona más entrañable de todas, en este día que me tengo que ir...

Alcanzo a oír lejanos, algunos ruidos que asocio con el instrumental al que estoy conectado, noto que de pronto hay un ajetreo a mi alrededor, oigo llantos conocidos y queridos, voces que rezan y manos que me tocan. Me estoy yendo... inicia al fin la graduación de mi vida...

¡Gracias vida! Mucho me diste... poco te devuelvo, pues me lo llevo

conmigo.

Dios siga bendiciendo a los míos, que me perdone y reciba ya...